

Memorias de un sonámbulo

CARLOS LEÓN 1918

8664

Naci el dos de junio de mil no-
cientos dieciséis, en el puerto
principal del Norte Chico, a las
doce de la noche.

¿Cuántos años han pasado!...

Sí a veces, creo sólo haber sido
el protagonista de un largo sueño
y como de un sueño surgen esas
delicadas señoritas de Coquimbo
con faldas estrechas, tobillos finos,
restros de fucsias y pianos
increscentes, cuyos sones escapaban
por las ventanas, inundaban las
esquinas y morían derrotados por
el estruendo de un tren que entra-
ba lentamente, como un toro sal-
vaje que bufaba y resoplaba, por
la calle principal mientras los pa-
sajeros descendían, sobrecandan-
do, frente a las puertas de sus
casas. No faltaban las bandas mu-
sicales, de origen diverso, que to-
ocaban marchando con o sin moti-
vo, lo que confería al pueblo el
caracter festivo de una gran caja
de música.

Poco y nada queda en mi me-
moria de esa época perdida; solo
destinadas imágenes, como esas
postales veladas por un dilatado

abandono y descubiertas, de
peonto en un baúl olvidado o en
algun álbum imprevisto, que nos
encogen el corazón inundándolo
de nostalgia, respeto, ternura,
piedad y resignación.

A esa especie pertenecen ciertas
noches en que nos mandaban a la
cama a mí hermano y a mí.

Mi madre, después de desvestir-
nos, rezaba con monotonía las diarias
oraciones y antes de apagar la
luz, encendía la diminuta marípo-
sa que floreaba en el centro de una
fina lámparilla de aceite que es-
parcía toda la noche, un delicado
destello verde, semejante a una
quieta luciérnaga.

Yo no cumplía todavía los tres
años.

No recuerdo cuando ni como
fuimos a parar a la ciudad de
Ovalle. De ese pueblo y de la época
de cuenta un pequeño libro llamo-
do *Sobrino único*.

Santiago berracosco

El año 1924 nos trasladamos a
Santiago.

Mientras encontrábamos casa
nos acogió en la tuya un amigo de
mi padre llamado Enrique Pinto,
quien vivía en la calle Ricardo
Santa Cruz entre Santa Rosa y
San Francisco.

Dicha calle tuvo un pasado bo-
rracosco. Abundaban en ella
prostíbulos y burdeles cuyas asila-
das eran la mayoría de exporta-
ción.

Las famosas y opulentas pola-
cas que invadieron en las primeras
décadas del siglo el centro de una
ciudad conviviendo en alegría y no muy tran-
quila simbiosis con sus congéne-
res nacionales.

A la sazón, quedaba sólo la leyenda,
pues un alcalde moralista
exorcizó la calle aventando a sus
ruidosos habitantes.

Si el pasado de la calle había
sido pecaminoso, el de la casa que
habitábamos tenía esta caracte-
rística por partida doble, pues fue
construida deliberadamente para
prostíbulo. Su edificación la orde-
nó un tal Pedro José, alias "Pe-
dro José, mi hijo", pues así lo
llamaba su madre, una vieja me-
dia loca, que se desplazaba libre-
mente por el barrio orgulloso de
la opulencia de su engendro, que
había empezado como campanilero
y mascota para la socria en
una casa de "caramba y zamba",
para terminar, andando el tiem-
po, convertido en el Napoleón del
vicio.

El extravagante arquitecto debió
concebirla los planos de la cons-
trucción una mañana que amaneci-
ó "con el cuerpo malo", des-
pués de una fiesta con licor barato,
pues era un momento al mal
gusto.

Venus y amorcillos regordetes

Se entraba a ella por un vasto
pasillo en cuyo costado había una
puerta que daba paso a un enorme
salón, con paredes pintadas al
óleo destacando en atractivante
conjunción, motivos rococó,
amorcillos regordetes y unas ve-

nus envueltas en velos flotantes
similares a esas muñecas de palo
que tallan los reos en las cárceles.
La estancia tenía acceso a un pa-
tio de baldosas, techado con vi-
drios multicolores y provisto ade-
más de una piletta de cemento y
pesadas bancas bipersonales, estí-
lo segundo imperio, del mismo
material.

Innumerables cuartos tenían
también acceso a ese deprimente y
chocarrero lugar.

Seguía otro cuarto, también cu-
bierto, pero sin vidrios ni piletas,
con más dormitorios, como quien
dice, "clase turista" y finalmente,
un pequeño patio descubierto con
un jardín raquítico, cercado por
barandas grises de madera, cuya
baldosa hundida evocaban tumbas
clandestinas. Allí se encontraba
la cocina y tal vez las depen-
dencias de los empleados.

Pese a mis breves años o quizás
a causa de ellos, sentía el rechazo
de la casa como si estuviera viva y
me acechara.

Le Espace. Sigo. 19-11-1987. P. 24
200823

Memorias de un sonámbulo [artículo] Carlos León.

Libros y documentos

AUTORÍA

León, Carlos, 1918-1988

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Memorias de un sonámbulo [artículo] Carlos León.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile